

jante al que se produce entre individuos reunidos en una plaza. La intención de evitar ese contacto –como si los hombres fueran enemigos potenciales preparados constantemente para atacar o defenderse– es un hecho fundamental. Con el miedo y el terror, esta aversión no produce efectos oblicuos sino inmediatos en la relación con nuestra propia especie. Este miedo a tocarse, que Georges Bataille denomina «heterofobia», es inherente al Hombre. Representa el primer y fundamental hecho hacia el cual Canetti atrae nuestra atención, el poder que tenemos que superar para vivir con el otro. Al contrario que en Freud, el *primum movens* de nuestro comportamiento no es el amor (o la identificación) sino más bien su contrario. No estamos exagerando. Pero, ¿cómo se puede superar ese temor?, ¿cómo, partiendo de ese miedo, acabamos creando vínculos que nunca antes habían existido? El miedo se supera a través de las masas y, por decirlo así, en las masas. En la masa estamos apretujados unos con otros a pesar de nuestros miedos e inhibiciones respecto al tacto. Por encima de todo, la masa activa estas energías que amenazan con menguarse, recolecta cuerpos diseminados y observa cómo el individuo se desarrolla completamente dentro del grupo. Canetti escribe:

Sólo inmerso en la masa puede el hombre redimirse de ese temor al contacto. Se trata de la única situación en la que este temor se convierte en su contrario. Es esta *densa* masa la que se necesita para ello, cuando un cuerpo se estrecha contra otro cuerpo, densa también en su constitución anímica, es decir, cuando no se presta atención a quién es el que le «estrecha» a uno. Así, una vez que uno se ha abandonado a la masa no teme su contacto. En este caso ideal todos son iguales entre sí. Ninguna diferencia cuenta, ni siquiera la del sexo. Quienquiera que sea el que se oprime contra uno, se le encuentra idéntico a sí mismo. Se le percibe de la misma manera en que uno se percibe a sí mismo. De pronto, todo acontece *como dentro de un cuerpo*<sup>4</sup>.

La cita no necesita más comentarios. Comprendemos el sentido (casi psicológico) en que la masa es una personificación o encarnación de lo colectivo. ¿De dónde procede su fortaleza? ¿Cuál es el principio operativo que libera el cuerpo de cada individuo o, mejor, qué le empuja a formar parte de un único cuerpo compartido? Para encontrar las respuestas, analicemos a las masas en sí mismas. Pueden ser definidas como agrupaciones o conjuntos que, como organismos o materia viva, tienen tendencia a

<sup>4</sup> *Elias Canetti, Crowds and Power* (traducción de Carol Stewart), Londres, 1962, pp. 15-16.

aumentar su tamaño y asimilar uno a uno a los individuos. Estas agrupaciones o conjuntos tienen una naturaleza muy abierta y de ese modo, por definición, no tienen límites. Su crecimiento y apertura probablemente engendra un área de atracción y de protección. La distancia entre los distintos elementos disminuye cuando el conjunto se expande. De hecho, esta habilidad para disminuir las distancias, si no para abolirlas completamente, es una de las leyes de este estado corpóreo. Así se expresa en lo que, ocurrentemente, Canetti llama la *descarga*, donde las distinciones de sexo, edad, status, etcétera, se colapsan y son reemplazadas por la similitud y la equidad. Canetti escribe:

Sólo todos juntos pueden liberarse de sus cargas de distancia. Eso es exactamente lo que ocurre en la masa. En la *descarga*, se desechan las separaciones y todos se sienten iguales. En esta densidad, donde apenas hay huecos entre ellos, donde un cuerpo se oprime contra otro, uno se encuentra tan cercano al otro como a sí mismo. Así se consigue un enorme *alivio*. En busca de ese instante feliz, en que nadie es *más*, ninguno mejor que otro, los hombres se convierten en masa<sup>5</sup>.

La masa tiene tanto interés en ese placer como el individuo, no sólo porque saca provecho de la liberación individual sino también, y sobre todo, porque esa liberación prolonga lo más posible la unidad de la masa. Por eso es importante para las colectividades sociales experimentar un placer y que ese placer sea físico. Luego llegará la disgregación y separación; las distinciones y jerarquías retomarán su antigua importancia. Para esto es necesario que exista un punto de conclusión, y las instituciones que causen esa conclusión; y la masa se disipará entonces como la nube de una tormenta. Y los individuos caerán como gotas de lluvia a la tierra, de vuelta a sus vidas cotidianas.

Llegamos a esta conclusión atendiendo con la mayor fidelidad posible a la observación directa. Ya he subrayado que estas afirmaciones no tienen nada en común con las hipótesis de la psicología o la sociología de masas. Canetti se concentra en un determinado número de impulsos reales de energía y los observa bajo dos polaridades. Una de ellas contrasta el miedo individual a tocarse con el placer del contacto en la masa. La otra toma como polos nuestro cuerpo individual y nuestro cuerpo colectivo, la masa, una masa en la que nos encontramos a nosotros mismos como partes de un todo y como individuos diferenciados.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p. 18.

### III. Materia colectiva

Se insiste una y otra vez en la insignificancia del individuo en la sociedad o en el universo. Sin embargo, acapara físicamente más espacio del que se le reconoce. Porque si el cuerpo es la materia que encierra nuestros instintos y nuestra conciencia, entonces ha de incluir todo lo que sentimos, y por ese motivo seguirá creciendo. Este cuerpo cambia y se agranda, a veces bruscamente, a consecuencia de su descarga en otro o su fusión con otro para formar el cuerpo compartido de la masa. Este cuerpo colectivo, inmenso y central, está siempre presente, y, más que meramente presente, activo. A través de él, y solamente a través de él, damos continuidad a las formas del mundo animal y también damos alcance a otras partes de ese inmenso cuerpo, el universo. La masa, lejos de apretujarle y clavarle al suelo, como se acostumbra a suponer, expande al individuo en su seno. Va más allá de sí mismo y luego retorna dentro de sí mismo, transformado. ¿Cómo, si no, explicarnos que anhele tanto la masa y obtenga tanto placer en ella?

Con estas pocas sugerencias ya nos disponemos a cruzar las fronteras de la psicología de las masas. Nos adentramos en una especie de antropogonía, si se me permite la expresión. Su método y ejemplificación no son difíciles de encontrar, por ejemplo en Goethe, particularmente allí donde el poeta se propone mostrar el arquetipo básico de una masa de formas vivas. Con la misma paciente serenidad y feliz inspiración, Canetti traza un arquetipo de las colectividades que nos sirve para subrayar tanto su originalidad como la excelencia de su método. Avanzando desde su punto de vista, podemos reconstruir un universo entero de las masas como si fuera el universo de las estrellas y las galaxias: del mismo modo que un cosmólogo analiza y describe los cuerpos celestes, Canetti describe y analiza los cuerpos sociales.

Así, por ejemplo, en un extremo se sitúan las masas de cristal, mutas, hordas formadas por unos pocos individuos. Mucho se ha escrito sobre el concepto de horda, introducido por Darwin y revisado por Freud<sup>6</sup>. Pero Canetti es el único que nos muestra al completo las posibles variaciones del fenómeno; Canetti, que ha revisado el abundante material antropológico acumulado a lo largo del siglo. De un lado están las mutas-vida, que se juntan para cazar o reproducirse. Del otro las mutas-Muerte, que se reúnen para la guerra o los ritos funerarios. El sentimiento que las caracteriza es la necesidad de quebrar la resistencia del individuo y de la Naturaleza para

<sup>6</sup> Cf. S. Freud, *Psicología de masas y análisis del yo*.

restablecer un patrón normal de existencia. Este sentimiento procede más del miedo que del placer, si bien se sustenta en un equilibrio entre ambos. La comunión hace posible la reconciliación y el consuelo; pero además, junto con otras ceremonias, permite el tránsito de una muta a otra. La tesis sustenta que las religiones se introducen en la existencia para facilitar esas conversaciones y ese tránsito de la materia colectiva: deben su ascensión a los requerimientos de la multitud y moldean la mentalidad del animal Hombre: «Por la dinámica de las mutuas –escribe Canetti– y la manera especial en que se interconectan se explica la ascensión de las religiones universales»<sup>7</sup>.

En el otro extremo nos encontramos con las masas en el sentido literal del término. Siempre duplicadas, la muerte y la vida mezcladas, son ora visibles, ora invisibles. Las masas se definen por su clima emocional: masas estacionarias (p.e. masas de prohibición) y masas en movimiento (p.e. masas en fuga y masas de acoso). Pero de este modo definimos y clasificamos las masas del modo en que nosotros mismos queremos verlas. Su génesis y su crecimiento no parecen sujetos a ley alguna, a no ser la bíblica «Creced y multiplicaos». Las podemos encontrar en cada combinación y las combinaciones no son azarosas: se utilizan símbolos para representarlas. No es la intención de este ensayo resumir las afinadas páginas que Canetti les dedica. Permítasenos simplemente anotar que poseen un carácter perceptivo y sensitivo basado en los elementos del fuego, agua, aire y tierra. Así es que se forman los precisos contornos de la masa humana a partir de la masa de la materia. En cierto sentido son ramificaciones del microcosmos colectivo inscritas en el macrocosmos natural. Estamos familiarizados con la puesta en práctica de esta fórmula en la configuración del espacio. Por ejemplo, en los recursos arquitectónicos que Hitler utilizó y soñó a la mayor escala conocida. ¿Quién mejor equipado para descifrar su significado que el gran escritor alemán? «En enormes plazas –escribe– tan grandes que resulta difícil llenarlas, la masa tiene la posibilidad de crecer, permanece abierta. Su pasión, a la que [Hitler] se muestra especialmente predispuesto, se propaga con su expansión... Para la *repetición* constante, quiso edificios de naturaleza sacra. Las catedrales eran su modelo»<sup>8</sup>.

En esta evolución de microcosmos a macrocosmos reconocemos una de las metáforas fundamentales del Renacimiento y del vitalismo como sistema de pensamiento. Constituye el eje de esta moderna antropogonía. Si

<sup>7</sup> *Crowds and Power*, p. 128.

<sup>8</sup> *Elias Canetti, The Conscience of Words (traducción de Joaquim Neugroschel), Nueva York, 1979, p. 147.*